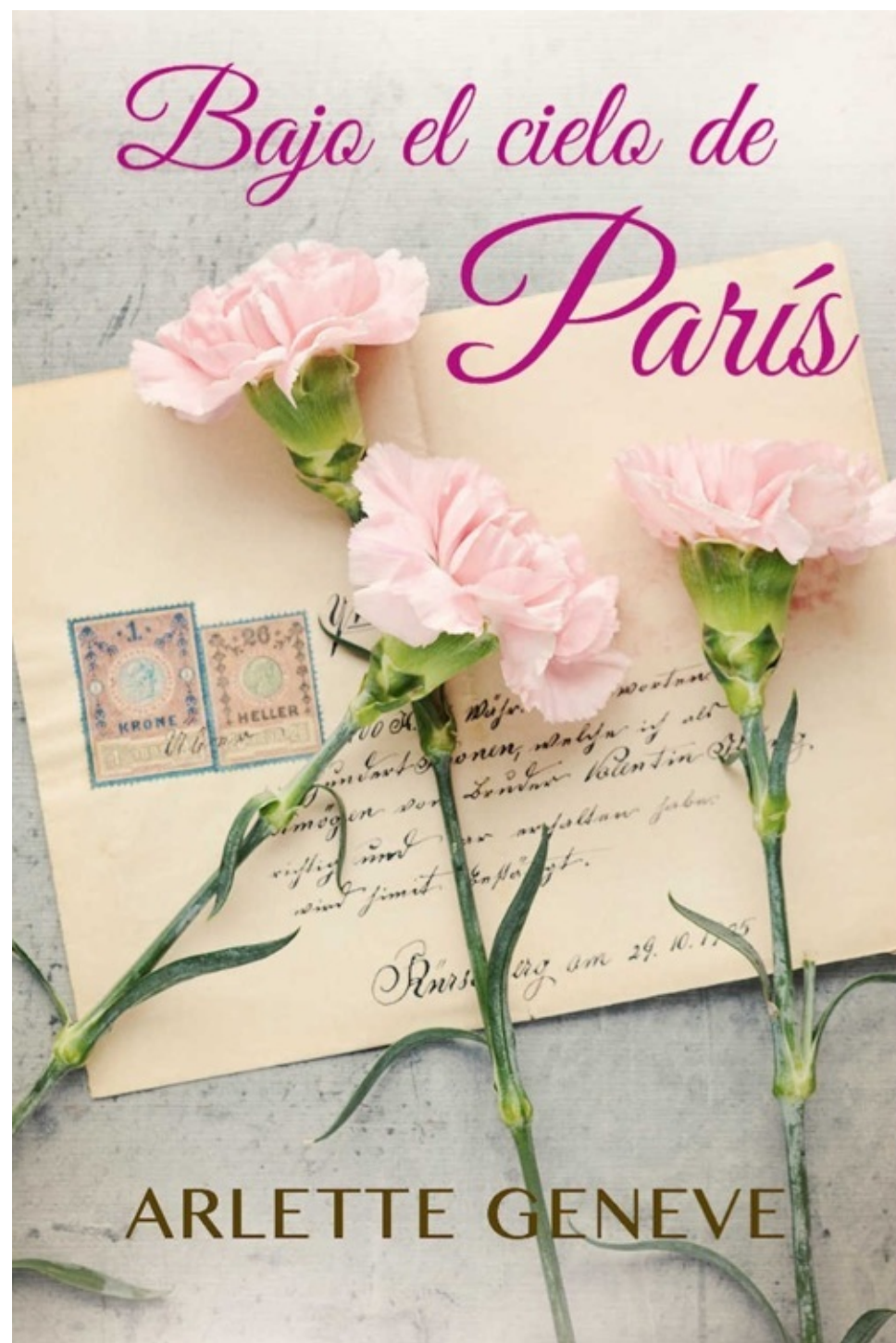


Bajo el cielo de París



ARLETTE GENEVE

Arlette Geneve

Bajo el cielo de

París

© Arlette Geneve, 2015

Primera edición papel: abril 2012

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright.

Índice

[ESENCIA DEL AMOR](#)

[CIUDA DE PARÍS, AGOSTO DE 1944](#)

[CIUDA DE BERLÍN, MAYO DE 1945](#)

[PARÍS, JUNIO DE 1945](#)

ESENCIA DEL AMOR

El amor es la sublime esencia

que hace recitar al poeta,

relatar al historiador,

nos mece con su presencia.

En él viven los enamorados

alimentándose de la canción,

y que le hace brotar a nuestra alma

suspiros melados en el corazón.

Respira con su aroma el hambriento.

Bebe de su dulzor el cansado.

A él acuden los que están sedientos,

y aquellos que se sienten desdichados.

El amor es la gota en el cáliz

que extiende su invitación al amado,

llenando de dichas y sensaciones

a seres que lo habían olvidado.

Anónimo

CIUDA DE PARÍS, AGOSTO DE 1944

Arianne alzó el rostro para mirar el cielo que en esa mañana cálida de verano estaba completamente despejado. En los últimos días aviones americanos e ingleses habían surcado los cielos de Francia de

forma continua, y sin tregua. Miles de soldados que se lanzaban desde el interior de las bestias de metal, habían tintado el cielo azul de puntos negros, para convertirse poco después de abrir los paracaídas, en flores de algodón blanco. Oscilaron suspendidos en el aire durante varios minutos antes de tomar tierra firme, y llevar la esperanza de libertad a la población oprimida.

La ciudad de París había sido liberada del yugo teutón, y Alemania que sufría derrota tras derrota, se replegaba hacia Bélgica. La guerra llegaba a su fin, y los franceses podían respirar con un profundo alivio.

Arienne clavó sus pupilas en los Campos Elíseos atestados de gente, de patriotas deseosos de darle la bienvenida a los aliados. A lo lejos se podía escuchar las notas de La Marsellesa que estaba siendo ofrecida con un sentido de orgullo y patriotismo sin parangón, y el alborotado repique de las campanas del Notre Damme, daban el punto festivo a la celebración que se alargaría durante días.

Una muchedumbre aplaudía con fervor al paso de los soldados que en ese momento hacían su entrada triunfal en la ciudad, con una sonrisa en los labios, y sorpresa en los ojos. Blindados de la 2ª Acorazada rendían honores, y los oficiales miraban, con un brillo de satisfacción en sus pupilas, el desfile de sus compañeros.

Muchos de los espectadores se negaban a mantenerse pasivos, y blandían pañuelos blancos en señal de bienvenida. Algunas muchachas osadas y risueñas, lanzaban besos a los sonrientes soldados que pasaban a su lado, éstos, les devolvían el gesto lanzándoles chokolatinas.

Arienne quería disfrutar del júbilo, pero no había logrado una posición ventajosa para ello a pesar de que lo había intentado. Aunque se ponía de puntillas, no lograba ver más allá de las espaldas de los parisinos, y de los oficiales que hacían una fila de honor con sus jeeps y blindados, para proteger el desfile de la gente agrupada en la gran avenida. Resignada, soltó un suspiro y comenzó a darse la vuelta sin percatarse que la multitud la cercaba impaciente por aproximarse todo lo que permitía el estrecho pasillo.

Robert St'James tenía los ojos clavados en la muchacha que tenía delante de él, había dejado un momento su asiento en el jeep para buscar una botella de agua, ahora que regresaba de nuevo a su lugar con una bien fría, se topaba con la mujer más extraordinaria que había contemplado nunca. Lo había dejado noqueado. Trabado en un suspiro que lo descentró. La muchacha tenía el cabello castaño, y brillaba bajo los rayos del sol hasta el punto de cegarlos. El perfume de la satinada piel, le llenaba las fosas nasales produciéndole un placer que creía olvidado.

Olía a lavanda cuando la mece una brisa primaveral.

La guerra era tan cruel con los recuerdos que los extinguía. Llevaba demasiado tiempo fuera de casa. Añoraba a su madre, a sus hermanas, y todo lo bueno que había aprendido a valorar durante esos meses en los que había estado privado de lo más elemental: la familia.

El vestido de fino algodón, y estampado con vivas flores en rojo y blanco, se ajustaba de forma perfecta al bien formado cuerpo femenino, y caía con soltura hasta las rodillas. El aire movía el tejido de forma juguetona y lo arremolinaba en torno a los muslos delineándolos a placer. Por alguna inexplicable razón, no podía apartar los ojos de ella, ni comprendía las ganas que sentía de pasar la yema de los dedos por las mejillas lozanas. Por la piel sedosa del cuello que le parecía tan incitante y subyugador.

La había visto hacerse un hueco entre el gentío para ver el desfile, pero su pequeña estatura le impedía ver más allá de los hombros de los ansiosos espectadores.

Ella se movía hacia la izquierda y hacia la derecha buscando una posición mejor, y cuando se percató de que no iba a lograrlo, desistió de su intento. Al tratar de darse la vuelta, las tres filas de personas que gritaban y agitaban sus brazos, le impidieron moverse del sitio. Robert contempló el descorazonamiento de ella al no poder dar un paso hacia delante, o hacia atrás. Estaba trabada entre el gentío que mostraba su alegría gritando al paso de los soldados y al contemplar los hermosos ojos que se cubrían de miedo, decidió acudir en su ayuda.

Arianne sentía que se ahogaba.

Estaba atrapada entre una multitud de personas que gritaban exaltadas, y que agitaban sus brazos sin percatarse de los codazos que daban al resto de viandantes parados. Trató de moverse para abandonar la fila, pero su intento resultó inútil. Había sido tanta su ansia por contemplar la llegada de los vencedores, que se había olvidado por completo que toda la ciudad desearía lo mismo que ella: ofrecer la bienvenida.

—¡Por favor! —Rogó con un hilo de voz.

Pero era imposible hacerse oír entre la muchedumbre que gritaba enaltecida y llena de entusiasmo. La población civil se abalanzaba sobre los soldados con vivas, aplausos, y aclamaciones. Los recibían con besos y con flores. Las botellas del mejor vino francés se vaciaban sobre las cabezas de ellos a manera de bautismo pagano.

Arianne cerró los ojos porque comenzó a sentir un leve mareo. Apenas veía más allá de los hombros o pecho de los hombres que oprimían su cuerpo y lo empujaban hacia delante, creyó por un instante que iba a terminar en el suelo y que sería aplastada por decenas de pies.

El pánico comenzó a adueñarse de ella.

Se giró con inusitada brusquedad, y entonces, su cuerpo tropezó con un pecho amplio y robusto que la desestabilizó por completo. Trastabilló de forma precaria hacia atrás, pero unos fuertes brazos la sujetaron e impidieron que cayera bajo los pies de las personas que jaleaban con fuerza. Arianne no se había percatado que la persona que la sostenía era un militar, pero le agradeció infinitamente el apoyo. Alzó los ojos y los fijó en el mentón cuadrado, firme. Siguió subiendo hasta llegar a unos ojos que le sostenían la mirada con verdadero interés, y ya no pudo apartar la mirada azul de la castaña. Él tenía una tonalidad suave, como el color de la miel templada. Sintió un escalofrío en la nuca, y un latigazo de interés en las entrañas, que la sorprendió.

Era el hombre más apuesto y atractivo que había visto nunca.

—¿*Can I help you?* —La voz, candente y profunda, le produjo un sobresalto en el pecho que la dejó vacilante, y sin capacidad de reacción.

Los fuertes brazos seguían sujetándola por los hombros e impedían que las personas que vitoreaban la empujaran en una dirección o en otra, pero ella no era consciente de ello, seguía con las pupilas fijas en el atractivo rostro masculino. En su altura y fuerte constitución.

Debía rondar el metro noventa, y el espeso cabello se le ensortijaba a la altura de la nuca. Sintió el impulso de enterrar los dedos para comprobar la textura. Advirtió que era americano, la bandera bordada en su hombro lo indicaba. Las trece barras horizontales, siete de ellas rojas y seis blancas, y un rectángulo azul en el cantón con cincuenta estrellas blancas, resultaba inconfundible, y ella conocía la historia porque la había estudiado en la universidad. Las barras representan a las trece colonias originales que se independizaron de Gran Bretaña, y las estrellas representaba a los estados que formaban la Unión... Arianne parpadeó. Él vestía camisa y pantalón caqui, pero no llevaba la chaqueta del uniforme. Esa tarde en París hacía demasiado calor. El rubio cabello lo llevaba elegantemente peinado hacia atrás, y libre de la gorra reglamentaria.

Le pareció un hombre tremendamente varonil. ¡Seductor!

Un suspiro profundo salió del interior de su garganta sin que pudiese evitarlo, y al percatarse, enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿*Monsieur...*? —formuló la inacabada pregunta en francés, y con un timbre de alarma en su voz aterciopelada, pero el hombre no le contestó de inmediato.

Seguía con las pupilas brillantes clavadas en ella, y sin soltarla.

—¿Necesita mi ayuda? —Robert había pronunciado las palabras en un correcto francés aunque con marcado acento. Los ojos de Arianne se entrecerraron atónitos—. Si me lo permite, la ayudaré a salir del encierro donde se encuentra metida.

Ella asintió de forma muy leve con la cabeza, porque si no se escabullía pronto de allí, iba a terminar desmayada por la falta de aire.

Robert la sujetó por la cintura para protegerla en el avance. Y ella percibía de forma clara la calidez de la mano masculina en la cintura. El corazón comenzó un galope temerario, y no supo cómo sujetarlo. La altura del oficial, así como su fuerte constitución, resultaron un aliado para salir del atolladero. Y resultó tan fácil, que Arianne se mordió el labio inferior avergonzada, aunque tremendamente agradecida.

No obstante, no caminaban hacia la acera sino hacia el mismo desfile.

La multitud iba quedándose detrás de ellos.

—Señor... —comenzó ella, pero él la interrumpió.

—La llevaré a un lugar donde disfrutará del desfile sin dificultad. Podrá verlo en primera fila. —Robert la fue guiando por la amplia avenida adoquinada, donde el gentío gritaba eufórico, y los soldados le ofrecían a Robert el saludo reglamentario como oficial superior.

Arianne supo que el hombre que la ayudaba era un oficial de tierra porque el resto de militares se cuadraban a su paso a medida que el desfile avanzaba, aunque no era capaz de adivinar el rango o graduación que ostentaba, tampoco tenía forma de saber que su salvador pertenecía a la 28ª División de Infantería.

Él la conducía sin una réplica hasta un punto privilegiado: su propio jeep situado en primera línea.

—Aquí podrá disfrutar del desfile hasta que concluya —el soldado sentado al volante salió del vehículo. Se puso de pie de forma inmediata, y le ofreció a Robert el saludo obligatorio como oficial superior en la jerarquía militar—. Mi nombre es Robert St´James, y mi ayudante es el sargento Andrew Fox. —Los ojos de Arianne se dirigieron hacia el sargento que la miraba sin sorpresa en su rostro moreno, pero con un brillo de reconocimiento en el iris color café.

—Arianne Amey —le respondió ella con una sonrisa trémula.

Un segundo después, el oficial le abrió la puerta del copiloto del vehículo y la invitó a tomar asiento. Ella lo hizo con gesto tímido. Robert se situó a su lado de pie, apoyó la cadera izquierda en la puerta cerrada, y con los brazos cruzados al pecho se dispuso a ver el desfile.

Arianne estaba terriblemente nerviosa.

Si bien se sentía protegida en el interior del vehículo con ambos hombres custodiándola. Esa sensación protectora había sido relegada al pasado porque los años de guerra le habían hecho olvidar tantas cosas hermosas que apenas las recordaba: como el calor del fuego en un día invernal. El olor del pollo asado con especias que tanto le gustaba al regresar a casa los domingos después de asistir a misa, e incluso bañarse en el margen del río cuando el calor apretaba en los días estivales. La sonrisa de su padre cuando le permitía conducir el tractor por los campos sembrados...

¡Añoraba tantas cosas perdidas!

Las risas de unos niños que cruzaron por delante del vehículo la trajeron de vuelta al presente, y a continuar observando el desfile que llegaba a su punto álgido de la tarde.

La visión de los militares que desfilaban resultaba espectacular, también alentador. Arianne recibió las miradas de los soldados y las sonrisas que le dedicaban, antes de que éstos le ofrecieran el saludo oficial al hombre que estaba de pie al lado de ella. Y su mente se alió con esa circunstancia para seguir pensando en él y en la casualidad de la vida que había propiciado que lo conociera.

De tanto en tanto lo miraba de reojo, pero él no se perdía detalle de los hombres que lo saludaban. Lo notaba tranquilo y relajado a su derecha, sin variar la postura firme de sus piernas.

Cuando el desfile terminó al fin, la sonrisa de Arianne no se había borrado de sus labios porque todo podía ser maravilloso a partir de ese momento. Francia se recuperaría de las heridas que le había infringido la guerra. La libertad del ser humano, jamás iba a ser de nuevo cuestionada por tiranos. Por fin habría pan en las casas. Calor en los hogares, y los hijos, esos seres que combatían en el frente para defender la libertad, regresarían junto a sus familias, madres que los habían llorado cada día de ausencia.

Arianne pensó que el desfile que acababa de observar era símbolo de la paz que podrían disfrutar a partir de ese momento. Cuando percibió el ligero movimiento del oficial, su rostro se giró hacia él para brindarle una sonrisa genuina.

—Será un honor acompañarla hasta su casa —la voz de Robert le produjo un sobresalto a sus sentidos que se mantenían alerta.

Volvió a fijar la mirada en las muchachas sonrientes que se abrazaban a los soldados con grititos de

placer, éstos, recibían las muestras de afecto con empatía, y les retornaban los abrazos, unos con inusitado azoro, otros con sobrada alegría.

Unos segundos después volvió el rostro hacia Robert.

–Se lo agradezco de corazón, pero no será necesario –le respondió con una leve vacilación en la voz–. No me gustaría apartarlo de sus obligaciones. Sería imperdonable por mi parte.

Robert clavó su mirada oscura en Arianne ante su respuesta inesperada.

Se estaba mostrando esquiva, pero no pensaba darse por vencido. Desde que la había descubierto entre el gentío, el corazón le palpitaba dentro del pecho con una energía desconocida, señal inequívoca de que algo estaba a punto de cambiar en su existencia, y él no era partidario de darle la espalda a las oportunidades.

Esa muchacha le inspiraba un deseo abrumador de protección que lo dejaba atónito.

–No me prive del placer de concluir mi trabajo dejándola a salvo en su casa, con su familia.

Arianne supo que no tenía nada que temer de él. Eran los libertadores, y ella se sentía enormemente agradecida por la paz y esperanza que habían traído a Francia, a Europa, a su corazón.

Inspiró profundamente antes de responderle:

–Vivo algo alejada de la ciudad, en la granja Bresse. Está a poco menos de cuatro kilómetros de aquí –la sorpresa en los ojos de Robert fue clara. Tradujo mentalmente los kilómetros en millas, y la miró asombrado.

Era una distancia bastante considerable.

–¿La ha recorrido a pie? –Le preguntó atónito. Ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza aunque algo azorada. La guerra había privado a las personas de las cosas más elementales como gasolina, francos, y la más importante de todas: dignidad–. Una caminata bastante larga para ver un desfile militar –le dijo él.

Ella lo rectificó de inmediato con una media sonrisa.

–Se equivoca, señor St´James, no he caminado cuatro kilómetros para ver un desfile militar –Robert la observó con atención–: quería ser testigo de la entrada de los salvadores. De los libertadores de Francia. Una diferencia importante que no debería de obviar nunca, y menos llevando un uniforme tan elocuente. –Robert miró completamente intrigado a la muchacha francesa que le mostraba un reto en sus hermosos ojos azules.

Creía que su comentario la había molestado, pero él se lo había dicho como un cumplido y no como un reproche. Trató de borrar la impresión equivocada que la muchacha se había forjado sobre él.

–Le ofrezco mis más sinceras disculpas, señora... –Arianne lo interrumpió sin dejar de sonreírle.

–Señorita –lo rectificó, y los labios de Robert se ampliaron en una sonrisa que la desarmó.

Por un instante, Robert había temido lo peor, que el corazón de ella ya tuviese dueño, y saber que seguía siendo libre en afecto, le insufló aliento de esperanza en los pulmones.

Arianne se dijo, por enésima vez, que el oficial era demasiado atractivo para la tranquilidad de su espíritu. Poseía un magnetismo muy atrayente. Apenas podía despegar los ojos de él. No podía precisar su edad, aunque las arrugas alrededor de los ojos castaños, eran una clara muestra de las penalidades que debía de haber sufrido en la guerra. En el frío frente de batalla.

Se sintió abrumada por el sentimiento de empatía que nacía a la vida dentro de su corazón, y que no podía evitar que germinase con una fuerza demoledora. Tampoco quería evitarlo.

—Estaré encantada de aceptar su compañía hasta Bresse.

Arianne quería disfrutar de unos momentos más en su compañía. Gozar de la cercanía varonil que la sumergía en una marea de sensaciones maravillosas. Vivir la sensación de normalidad que lograba transmitirle su sola presencia, era algo completamente nuevo para ella, pero muy satisfactorio.

Temió respirar para que él no se percatara del caos emocional que la embargaba en su presencia.

Robert impartió varias órdenes a algunos soldados que reían y bromeaban entre ellos, pero sin apartar las manos de las cinturas de algunas muchachas parisinas. Ellas por el contrario, les habían quitado las gorras y las lucían con orgullo sobre sus cabezas. El soldado que estaba sentado al volante, le cedió su asiento y se situó detrás, pero Robert le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No hará falta que nos acompañe, sargento Fox. Yo mismo conduciré el vehículo.

El sargento no discutió la orden recibida. Se bajó del jeep en silencio al mismo tiempo que le ofrecía a Robert un saludo marcial.

Arianne seguía sentada en el asiento del copiloto. Robert sacó un mapa de París y de los alrededores, y se lo mostró a ella para que le señalara el lugar donde vivía.

Arianne le señaló el punto donde estaba la granja Bresse.

Con un acelerón de las ruedas emprendieron la marcha.

El desfile había concluido y comenzaba la celebración que se alargaría durante varios días. Los soldados se merecían un buen descanso antes de regresar al frente, incluido él mismo.

La cuajada hierba verde brillaba como si fuese un manto de terciopelo sobre la campiña francesa. El color era tan intenso que cegaba, y Arianne se encontró parpadeando para fijar la visión de nuevo en el horizonte. La carretera seguía un bajo muro de piedra que hacía unos extraños recodos en el camino, para bordear algunos castaños centenarios que no habían secado la adversidad ni la metralla, y una sonrisa se fue formando en sus carnosos labios. Iba sentada al lado del hombre más apuesto que había conocido nunca, de fuertes manos y decisión pertinaz. Arianne dejó de mirar el paisaje para fijar sus ojos en el hombre que mantenía su atención en la estrecha carretera. Conducía hábilmente, y supo que era un hombre acostumbrado a tomar decisiones, y a que no le cuestionaran ninguna.

—Por la bandera que lleva en el brazo sé que es americano, aunque me gustaría saber el lugar de donde

proviene, si no le importa, ¿o sí le importa? –le preguntó un poco avergonzada por su descaro, y porque los nervios le habían hecho repetirse en las palabras.

Robert dejó de mirar la carretera para fijar su mirada durante unos segundos en el precioso rostro femenino. Los ojos de ella lo tenían completamente fascinado. Estaban coronados por espesas pestañas negras que le conferían un atractivo único, y el iris de sus ojos podía competir con el cielo de verano. Era la mujer más bella de todas, y él se sentía atraído por ella y pasmado porque algo así no le había sucedido nunca.

Había conocido a muchas mujeres, pero ninguna le había creado un motín emocional solamente con su apariencia. Todo en ella le gustaba de una forma que no acertaba a comprender. Se sentía eufórico, como si hubiese encontrado un tesoro de incalculable valor.

–No me importa en absoluto –le respondió–. Soy del estado de Nueva York.

Arianne pensó que le gustaba especialmente la candencia de la voz masculina.

Cada vez la seducía más, hasta el punto de embotarle los sentidos.

–¿Le gusta Europa? –Atinó a preguntarle, aunque con un timbre de vacilación en la voz–. ¿Francia?

Ansiaba que el viaje no terminara. Que él le explicara todo sobre su vida y sus inquietudes.

–Me gusta lo que he descubierto hoy –si ella se sintió aludida, no lo demostró en absoluto, y Robert pudo apreciar su gran ingenuidad.

La miró larga y profundamente antes de regresar de nuevo su atención a la estrecha carretera.

–Imagino que estará deseoso de volver a su hogar. –La voz de Arianne había mostrado un tinte de añoranza, y ese detalle le dio alas al corazón de Robert, que había decidido, en ese día maravilloso, que la quería a ella, a una completa desconocida.

Cuando se estaba en guerra, las prioridades en la vida cambiaban, él lo sabía muy bien.

–Sí, deseo regresar junto a los míos, pero no antes de que termine esta barbarie que nos está volviendo bestias sin corazón. Inhumanos sin conciencia, sin piedad. –

Arianne deseaba preguntarle tantas cosas, pero no sabía por dónde empezar.

–Sargento... –comenzó ella, sin embargo él la interrumpió con una voz tan cálida que logró envolverla, como si la hubieran metido en un sudario de seda.

–Capitán –la corrigió él.

Un intenso rubor se apoderó de la muchacha al ser consciente de su torpeza. Y las mejillas se colorearon de una tonalidad carmesí que le resultó a Robert encantadora.

¡Resistía el impulso de acariciarla a duras penas!

–Lo siento, no soy ducha en graduaciones militares –se excusó para sumirse, un segundo después, en un completo silencio.

Faltaba apenas un kilómetro para llegar a la granja, y Arianne temía la despedida.

Por alguna razón incomprensible, deseaba conocer de forma más íntima al oficial que le hacía sentir un cosquilleo en el estómago cada vez que la miraba. Era la primera vez en su vida que su corazón galopaba sin freno, sin control. Meditó, si acaso, la necesidad de compañía amiga que sentía, podía ser la causa del desconcierto que la embargaba. De la repentina necesidad de afecto masculino, y ese anárquico pensamiento, la dirigió a la figura de su padre y de su hermano, que habían perecido en el campo de concentración Gurs, acusados de espías al régimen de Vichi.

La fuerza masculina era tan necesaria en la vida de una mujer.

–Sabes que regresaré a buscarte. –Robert la tuteó por primera vez, y las palabras del capitán le produjeron un desconcierto absoluto.

–¿Bu...buscarme? ¡No puede hablar en serio! –Balbuceó completamente sorprendida.

No podía estar insinuando que se sentía interesado en ella hasta el punto de querer regresar a buscarla, porque si lo hacía, solo podría significar una cosa: verdadero interés. No pasajero, o de pasar un buen rato antes de volver al frente. Los ojos del capitán le mostraban que quería con ella algo más que una simple aventura.

–Arianne... –ella siguió mirándolo con la duda reflejada en las pupilas. Había sido tan bonito soñar durante un instante–. La guerra nos enseña a no desaprovechar las oportunidades que nos brinda la vida, y esta mañana, bajo el cielo de París, se me ha brindado la mía: tú.

Arianne pensó que si abría la boca, el corazón se le saldría por ella. Durante años había intentado sobrevivir, unos días mejor y otros peor, pero hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo vacía e inerte que estaba su vida. Se movía por inercia. Con los sentimientos amortajados de pasividad. Y en ese momento sentía el corazón latir en su interior con fuerza. Insuflándole aire a su pecho que se contraía expectantes.

Creyó que no había oído bien al capitán. Ella era una muchacha sencilla, sin más atractivo que su cabello negro. Un hombre de la apostura de él no podría estar interesado en una mujer como ella.

–Cuando te descubrí entre el gentío –continuó él–, sentí unos deseos enormes de protegerte tan grandes como no había experimentado nunca. –Robert calló un momento y tomó aire antes de continuar–. He visto el horror que trae la contienda. El sufrimiento humano llevado hasta el extremo, pero cuando mis ojos te han contemplado, es como si mi alma te hubiera reconocido. Regresaré a buscarte. ¡Necesito conocerte mejor!

–¿Buscarme? ¿Conocerme? –Volvió a repetir ella cada vez más emocionada.

Arianne se mantuvo durante unos instantes en completo silencio, valorando las palabras de él, pero no pudo ofrecerle una respuesta porque la granja Bresse ya se divisaba en el horizonte. La edificación estaba orientada hacia el sur, y tenía una gran terraza que daba directamente a los campos sembrados de

lavandas.

La suave brisa les llevaba el penetrante aroma de las flores. Robert inspiró profundamente mientras cerraba los ojos ante el placer que asaltaba sus sentidos.

Cuando apenas faltaban trescientos metros para llegar, el oficial paró el jeep de golpe a un lado del camino, y le abrió la portezuela del vehículo para invitarla a descender de él. Quería pasear con ella. Alargar el momento de la despedida todo lo posible.

Arianne no protestó ni una vez. Salió sigilosa del interior del coche y aceptó la mano que el capitán le ofrecía, al hacerlo, sintió una descarga de electricidad que la dejó aturdida porque era la primera vez que la experimentaba.

Clavó la mirada brillante en el rostro masculino.

—Es lo mismo que siento yo —le confesó él con una mirada anhelante—. Es tocarte, y el mundo se detiene para mí.

Arianne parpadeó confundida.

Ella no podía negar la atracción que sentía hacia el capitán, pero las dudas la mecían, y la prudencia le hacía ser desconfiada porque el oficial americano era demasiado interesante. Arrollador. Sería maravilloso conocer las diferentes aficiones que tenía. Sus gustos, sus pasiones. Qué le preocupaba por las noches y le hacía reír por las mañanas. Arianne no quería perder la oportunidad que el destino le ofrecía en ese día de verano de 1944 de conocer al hombre de su vida.

¡Pero no se atrevía a considerarlo!

—Ya conoces mi nombre —le dijo él de pronto—. Robert St'James. Tengo treinta y cinco años. Soy hijo de un periodista y de una maestra. Tengo dos hermanas que me hacen la vida imposible cuando estoy con ellas, pero a las que estoy deseando abrazar de nuevo. —Ella seguía cada explicación de él con sumo interés—. Vivo en un apartamento en el centro de Manhattan, y solía trabajar como ingeniero en una empresa que construía presas y puentes antes del inicio de la guerra —calló un momento para tomar aire—. Y esa es toda mi vida. Muy poco interesante como apreciarás.

Arianne suspiró de forma profunda. Anárquica a la vez. En ese breve resumen le había revelado parte de lo que quería conocer, y de pronto, se sintió feliz y confiada.

¿Podía el destino mostrarse benevolente con ella? Había ansiado tanto la felicidad, que ahora que la tenía tan cerca, se sentía asustada. Pero no iba a retroceder, porque los ojos masculinos le mostraban sinceridad. Un interés auténtico por conocerla y valorarla.

—Mi nombre es Arianne Amey. Vivo en la granja Bresse con mi madre viuda, y con un montón de animales —Arianne tomó aire antes de continuar—. Mi padre Pierre, y mi hermano Louis, fueron asesinados en el campo de concentración Gurs hace dos años. Desde entonces, mi madre y yo hemos colaborado con la resistencia en la medida de nuestras posibilidades.

—¿Por qué fueron asesinados? —Preguntó Robert sumamente interesado.

Ella recordó la angustia y el dolor que había sufrido tras el arresto de su padre y hermano. Su madre, no se había recuperado todavía.

–Escondíamos pilotos aliados derribados, mi padre y mi hermano los ayudaban a cruzar de nuevo la frontera. Mi padre era granjero, pero mi hermano había terminado la carrera de medicina, y auxiliaba a los heridos de guerra que venían buscando ayuda.

Nuestra casa se convirtió en un refugio para ellos.

En esa breve explicación, Robert supo todo lo que había sufrido la muchacha en la guerra, y el deseo de protegerla se volvió mucho todavía más acuciante. Gracias a la ayuda desinteresada de los maquis, muchos pilotos habían salvado la vida y regresado con su unidad, para después regresar al frente mucho más motivados y dispuestos a todo.

–Me siento un hombre afortunado porque mi familia no ha sufrido los horrores de la guerra –le dijo él con la mirada teñida de añoranza.

Arianne meditó en las palabras del oficial. Muchas madres americanas también sufrían al contemplar cómo sus hijos se marchaban a luchar en una guerra que no habían iniciado ellos, y lloraban la ausencia prolongada de sus hijos, e incluso una ausencia que se tornaba eterna, porque muchos de aquellos valientes soldados americanos, no regresarían jamás sus hogares. Su sangre alimentaría por siempre la tierra europea.

La pena la meció hasta el punto de tener que ahogar un sollozo. Había visto tanto horror a su alrededor, que todavía no se explicaba cómo mantenía la cordura y la templanza.

–Su madre debe de estar como loca esperando su regreso –se atrevió a decir con voz entrecortada.

Robert entrecerró los ojos porque el sentimiento de ella era auténtico.

–Fue lo más duro que hice en mi vida: dejarla esperando mi regreso.

Arianne pensó en su madre viuda que, a pesar de las dificultades, no había cejado en su empeño de ayudar a los patriotas franceses en su lucha contra la tiranía alemana.

La granja Bresse había acogido durante muchos meses a soldados británicos que habían caído derribados en la batalla de Normandía, denominada en clave Operación Overlord. Gracias a la invasión de Europa, llevada a cabo por los Aliados en el noroeste de Francia, ocupada por la Alemania nazi, el desembarco, denominado en clave Operación Neptuno como parte de la Operación Overlord, fue ejecutado con éxito por las fuerzas aliadas a pesar de las enormes bajas que habían sufrido. El esfuerzo conjunto se concentró en desembarcar en las costas francesas un ejército que, después de liberar Francia, llegaría hasta el mismo corazón del Tercer Reich para aniquilarlo. Gracias al esfuerzo altruista de miles de soldados americanos, canadienses e ingleses, el destino de Europa se había inclinado a favor de los que luchaban por la paz y la libertad.

Francia era libre, y pronto lo sería el resto de Europa.

–¡Gracias! –Le dijo de pronto ella.

Robert la miró confuso por el agradecimiento inesperado.

—¿Por qué? —Le preguntó en voz baja.

—Por liberarnos. —Exclamó llena de júbilo—. Por devolvernos nuestra libertad, y la esperanza para el futuro.

Robert inspiró profundamente conmovido.

—La guerra no ha terminado —le informó con voz seria—. Todavía quedan muchas batallas que ganar. Territorio enemigo que conquistar.

Ella le hizo un gesto afirmativo pero sin dejar de sonreír.

—Lo sé —respondió trémula—. Pero la victoria está cada vez más cercana, y por ese motivo, deseo mostrarte mi agradecimiento —lo había tuteado por primera vez.

Robert rozó con la yema de los dedos de su mano la mejilla tersa y suave. Le colocó una guedeja de cabello tras la oreja ausente de pendientes, y soltó un suspiro contenido. Lo embargaba la emoción.

—Te pido formalmente el permiso para escribirte hasta que regrese de nuevo a París —la voz masculina había sonado tan solemne que Arianne sintió una sacudida de temor.

Existía la posibilidad de que no regresara si caía en batalla. Pensarlo siquiera le produjo una desazón y una congoja que le resultaban demasiado conocidas.

—Prométeme que regresarás —le pidió contra toda lógica.

Robert cogió los dedos femeninos, y se los besó con reverencia.

—Si no caigo muerto en batalla, ¡juro, que regresaré!

Ella sintió el loco impulso de abrazarlo en el mismo momento que le ofreció la promesa.

—Tienes mi permiso para escribirme —le dijo concisa.

Robert estaba a un paso de tomarla entre sus brazos y encerrarla en ellos. Era tan menuda, que el sentimiento de protección se intensificaba de una forma que no tenía lógica ni razón.

—Deseo besarte, pero no me atrevo —le anunció él.

Ella lo miró con ojos arrobados, llenos de sinceridad.

—Yo también deseo besarte, y me siento profundamente avergonzada por ello porque acabamos de conocernos —le respondió en un susurro apenas audible.

—Es cierto, —reconoció él—, pero yo siento como si te conociera de toda la vida.

Robert inclinó el rostro al encuentro femenino, y ambas bocas se fundieron en un beso apasionado.

Ausente de lascivia aunque no de deseo. Los brazos de él cobraron vida propia y la abrazaron atrayéndola hacia el cuerpo recio que la aprisionó con fuerza. Apenas le permitía respirar, pero no era consciente de ello.

Los labios femeninos eran tan suaves como los pétalos de una flor. El sabor dulce, como el Maná prometido. Y el olor fresco de ella se mezclaba con el aroma de las lavandas mecidas, y acariciadas por el cálido sol de verano, para producirle un caos monumental.

Siguió besándola bajo el amparo de un castaño viejo y de corteza gris, ambos protegidos por sus ramas torcidas y llenas de hojas verdes, sin ser conscientes de nada más que de ellos mismos, y la acuciante necesidad que sentían el uno del otro. Con el sonido de los ruiseñores trinando sobre sus cabezas, Robert intensificó el beso.

Arianne sintió la lengua aterciopelada de él acariciar cada recoveco de su boca.

Sus pliegues rugosos, el interior de sus mejillas. Se abandonó a la locura que la poseía y se dejó arrastrar hacia el precipicio sin que le importara caer con él al vacío.

Acababa de conocer al hombre más extraordinario de todos: al hombre de su vida.

Sintió que caía despacio hacia atrás, y quedó recostada entre el espliego maduro.

El tono azulado de las plantas, se mezclaba a la perfección con ellos, y cubría los cuerpos a ojos extraños. Todo a su alrededor eran flores, hierba verde, y esperanza.

La mano de Robert la sujetó por el cuello, mientras que la otra asía fuertemente su cintura, como si quisiera mantenerla atrapada entre sus brazos, sin soltarla. En esos momentos únicos y llenos de emotividad, Arianne supo lo que era ser deseada por un hombre, y se entregó a la tarea de hacérselo saber. Enredó sus dedos largos en el espeso cabello masculino, y lo atrajo todavía más hacia sus labios. Percibió que sus senos se aplastaban contra el recio pecho de él, y notó los latidos acelerados de su corazón que latían en su garganta y sienas.

—Tenemos que parar —dijo de pronto él.

Arianne no podía pensar, tenía los cinco sentidos desbocados. Respiraba con gran dificultad, y se negaba a abrir los ojos para no romper el hechizo que los envolvía.

Ansiaba más, mucho más de lo que Robert le había mostrado simplemente con un beso.

—No voy a tomarte aquí en la tierra dura —confesó con la voz henchida de emoción—. Aunque es lo que más deseo en el mundo.

Ella le sonrió cómplice.

—Deseo que me hagas el amor.

Tras las palabras de Arianne, la mente de Robert se colapsó. Tenía muy presente que sería muy fácil seducirla. Estaba indefensa, a su merced, pero él quería mucho más que un simple revolcón con ella. Pretendía aspirar al amor de Arianne, y no se conformaba con medias tintas. Era todo o nada.

–No lo deseas tanto como yo, pero soy un hombre de honor, y debo mostrarte respeto hasta que obtenga el consentimiento de tu madre, y camines de mi brazo hasta el altar.

Arianne pensó que parecía un sueño.

–Puedo perderte mañana. –Le confesó su temor más escondido. La terrible agonía que sentía cada vez que pensaba en la muerte inmisericorde. Que él muriese en el campo de batalla lejos de su hogar, lejos de ella, la hacía sufrir muchísimo, y apenas lo conocía de unas horas. Pero sentía que no era así. A su lado parecía que llevaban juntos una eternidad–. Y de suceder, no podría perdonarme no entregarme a ti como es mi deseo en este día.

Robert la abrazó mucho más fuerte.

–Te haré el amor, pero no será en medio del campo y rodeados de insectos.

Arianne rió al escucharlo. Estaban rodeados de belleza. Hacía un día precioso, y ella había encontrado el amor de su vida en mitad de una multitud eufórica. ¿Podía existir un marco más perfecto para entregarse al hombre elegido?

–Te acompañaré a casa, y podrás presentarme a tu madre.

De pronto, el iris azul de Arianne se empañó. ¿Podría su madre rechazarlo porque era americano? Robert vivía demasiado lejos, tenía costumbres distintas. Ideologías diferentes. Y entonces, la duda la zarandeó.

–¿Eres cristiano? –Le preguntó mortificada.

Su madre era una mujer muy religiosa. Creyente hasta el punto de no dejarse abandonar por la pena a pesar de haber perdido un hijo y un esposo en la guerra.

Robert le hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras la miraba con un brillo extraño en la mirada.

–Mi abuelo materno era irlandés –le dijo con una mueca torcida, que más parecía un gesto cómico que una sonrisa–, y profeso sus mismas creencias.

Arianne suspiró con un profundo alivio que no se molestó en ocultar.

–¿Vamos? –Robert se había alzado de su posición, y le extendía la mano con semblante sereno.

Arianne se pasó la palma de las manos por la tela de su vestido para apartar algunas ramas aplastadas. Se colocó algunos mechones de pelo tras las orejas, y aceptó la mano que él le tendía.

El camino hacia la granja lo hicieron en silencio, pero Robert no rompía el contacto que mantenía con ella. Le había echado el brazo sobre los hombros, y seguía el ritmo femenino de forma pausada. Disfrutando cada momento, cada retazo de naturaleza que se bebían sus pupilas. En verdad la granja Bresse estaba en una zona hermosa. Por doquier había campos sembrados. Espesas arboledas, y caminos serpenteantes que comunicaban las diferentes construcciones de madera.

–Vives en un lugar muy bello –dijo de pronto él.

Arianne lo miró con intensidad.

—¿Tu hogar no lo es? —la pregunta femenina había sonado con un timbre de curiosidad—. ¿Nueva York no es un lugar bonito? —insistió.

Robert pensó que Nueva York era la ciudad más poblada del Estado de Nueva York, e incluso de los Estados Unidos de América, y la segunda aglomeración urbana del continente.

—Créeme, es demasiado grande —le respondió tras unos momentos de silencio—. La ciudad se compone de cinco boroughs...

—¿Boroughs? —Preguntó sumamente interesada.

—Distritos —le aclaró—, cada uno de esos distritos coincide con un condado: Bronx, Brooklyn, Manhattan, Queens y Staten Island.

—Parece muy grande —pero Robert ya no pudo ofrecerle una respuesta porque habían llegado a la granja.

Arianne no llegó a tocar la puerta. Una mujer de edad madura abrió la hoja de madera con rapidez, y comenzó una interrogación en francés que no pudo entender él.

Robert se quedó convenientemente separado de Arianne, y a dos pasos de la puerta de entrada. Las escuchó con atención, gracias a ello pudo distinguir su nombre y algunas palabras sueltas sobre el encuentro de ambos en el desfile. El acento de la madre era muy pronunciado, por ese motivo le costaba entenderla.

Arianne se giró hacia él con una amplia sonrisa.

—Estás invitado a nuestro hogar. Mi madre te da la bienvenida.

Ella lo precedió por el vestíbulo hasta el salón principal. Le mostró un sillón de piel marrón, y le pidió con un gesto que tomara asiento. Robert la complació con una cierta timidez que la sorprendió. Era un hombre seguro de sí mismo, acostumbrado a tomar decisiones difíciles, pero estar en el hogar de ella le infundía un cierta timidez que ella encontró adorable.

—Pondremos un plato más en el comedor.

—Pero no será necesario —le dijo él un tanto azorado—. No deseo ser una molestia

—Arianne le sonrió de una forma encantadora sin decirle nada más al respecto.

Durante la siguiente hora, Robert escuchó ruido de vajilla, porcelana, y sillas que eran corridas mientras un aroma maravilloso inundaba la casa y le mostraba lo hambriento que se sentía. Apenas había probado bocado desde la noche anterior, y cuando sus ojos habían descubierto a Arianne entre el gentío congregado en los Campos Elíseos, todo lo demás pasó a un segundo plano. Incluso su gran apetito.

Decidió no seguir sentado. Caminó con pasos suaves por la amplia y acogedora estancia. Observó los diferentes cuadros que colgaban de las paredes, y las figuras que adornaban algunos de los muebles, pero Arianne llegó rápida para conducirlo hacia el comedor.

La madre de ella le ofreció el lugar preferente de la mesa, y él aceptó inclinando levemente la cabeza. Era un honor que no podía despreciar.

La cena resultó un pequeño banquete.

En el ejército americano no se padecía necesidad, pero estaba cansado de latas, sobres, y fruta en almíbar. De aperitivo le sirvieron un vino de nombre impronunciable, hecho a base de hierbas. Acompañado de encurtidos y aceitunas. Él no había probado nunca las aceitunas, y le encantaron.

El primer plato resultó muy ligero, una especie de tarta salada de Bacon e iba acompañada de ensalada. En la mesa había también una tabla de quesos variados que desprendían un olor particular. El plato principal era de carne asada con especias.

Robert no pudo repetir porque se sentía completamente saciado. Tampoco tomó postre, pero sí aceptó un café cargado. La madre de Arianne le sirvió una copa de Armañac que aceptó complacido. Era un completo desconocido para ellas, pero en la granja Bresse lo trataban como si fuera uno más de la familia.

–Estaba todo delicioso –la agasajó él.

La madre aceptó el cumplido con una sonrisa vacilante.

–Mi madre es una excelente cocinera –apuntó la muchacha–, y disfrutamos de carne y huevos porque criamos a los animales. También sembramos verduras y patatas.

Había visto los estragos que hacía la guerra. La miseria en la que sumía a los afectados.

–Lo que nos sobra lo intercambiamos con vecinos por quesos, tocino, leche y otros productos como mantequilla.

Robert mostró lo impresionado que estaba con una sonrisa.

La señora Amey era una mujer discreta, y en ningún momento le hizo sentir incómodo o fuera de lugar. Observó los ojos femeninos con atención. Las pronunciadas arrugas revelaban el enorme sufrimiento que había padecido. La postura relajada de sus hombros, hablaban más de derrota que de cansancio, y por alguna extraña razón, Robert presintió que la señora Amey se llevaría de forma estupenda con su madre Anne.

–Le reitero mi agradecimiento por esta cena exquisita.

Clare Amey le mostró una sonrisa trémula.

–Mi hija me ha relatado la entrada triunfal del ejército americano en nuestra hermosa ciudad de París con inmenso orgullo. Me ha contagiado su entusiasmo.

Robert movió con una pequeña cuchara de acero el café de su taza hasta disolver por completo el azúcar del fondo.

–Ha sido realmente maravilloso el recibimiento que hemos tenido de los parisinos. De los franceses en

general –contestó.

Clare parpadeó varias veces para controlar la emoción en sus ojos. Habían sido años de penurias. Meses de agonía extrema, pero al fin Alemania iba a tener lo que se merecía, aunque con más piedad de la que ellos habían mostrado al mundo. Europa estaba masacrada. Rota por los cuatro costados, y por esa razón, los franceses veían a los americanos como mensajeros de Dios que llegaban para poner orden en un completo caos.

El rostro de Clare Amey mostraba claramente lo que pensaba, y Robert fue plenamente consciente de ello. Se sintió avergonzado porque no creía que fuesen merecedores de tanta gratitud.

–Mi visita aquí en la granja Bresse está motivada por una razón importante, y que deseo exponerle antes de marcharme.

Los ojos de Clare se clavaron en él con una intensidad que lo puso nervioso.

Robert nunca había pedido permiso para cortejar a una mujer, pero con Arianne iba a hacer una única excepción: iba a ser la madre de sus hijos.

–¿Regresará? –Clare había pronunciado la única pregunta que en verdad interesaba: su retorno de la guerra.

–Pienso mantenerme con vida –contestó con voz serena y controlada–, y regresaré por Arianne... –calló un momento–. Por las dos.

Los ojos de Clare brillaron con humor. El oficial se veía realmente incómodo, y su hija embelesada, pero ella era demasiado vieja y estaba cansada de luchar contra el destino.

Durante la cena había observado con gran interés cada gesto, cada mirada del hombre, y que dirigía exclusivamente a su hija. Indudablemente Arianne le había robado algo más que la tranquilidad de espíritu. Le había robado el corazón por completo.

–Entonces, cuando regrese –le dijo Clare–, hablaremos. –Robert le hizo un gesto negativo. No admitía una evasiva tan clara.

–Arianne ha prometido esperarme, y por eso deseo formalizar un compromiso que le de tranquilidad durante mi ausencia.

Clare no se amilanó por la insistencia del oficial estadounidense.

–Estados Unidos está demasiado lejos de Bresse –añadió concisa.

Robert dejó descansar la espalda en el respaldo de la silla. En esa única frase la señora Amey había resumido todos sus temores, y las vacilaciones que sentía.

–Mi tierra la recibirá con los brazos abiertos –le dijo para conformarla–. Mi familia la amara como se merece.

Clare meditó en las palabras del oficial. Ella no iba vivir mucho tiempo, y Arianne se había quedado sin

más familia que ella. Allí, sentado a la mesa, había un hombre maduro e inteligente que le ofrecía ocuparse de su pequeña y de cuidarla lejos de la barbarie. De la destrucción bélica.

¿Podía una madre pedir más?

–Regrese, capitán St´James, y hablaremos sobre una relación entre mi pequeña y usted. –Arianne iba a protestar, pero Clare no se lo permitió. Con un ademán de la mano derecha silencio las palabras de su hija–. Y ahora, recogeré la cocina, y os daré el tiempo que necesitáis para despediros.

Durante varios minutos el comedor se quedó en silencio. Solamente se oían las respiraciones de ambos. El latir de sus corazones, como si batieran palmas de alegría.

–Es una mujer extraordinaria –afirmó él.

Arianne sonrió al mismo tiempo que cerraba los ojos. Su madre había mostrado su conformidad. Ella podría esperar a Robert hasta que la guerra finalizase al fin. Y lo haría llena de esperanza y júbilo.

–Mi madre es una mujer sensata y pacífica. La mejor madre del mundo.

El orgullo en las palabras de ella mostraban el enorme amor que sentía Arianne por Clare. Un amor tan grande y excelso como el que sentía él por su madre.

–Ven, acompáñame, nos sentaremos en el balancín y charlaremos sobre el futuro –

Robert la siguió sin una réplica.

Salieron a la parte posterior de la casa, hacia un jardín hermoso y que no se veía desde la fachada. El balancín era bastante grande y cómodo.

–Era el lugar donde mi padre solía dormir la siesta en verano.

Para él sobraban las palabras. Su padre tenía uno muy parecido, pero siempre estaba ocupado por sus dos hermanas.

–Me siento preocupada –comenzó ella–, ¿no tendrías que regresar con tu unidad?

Llevas prácticamente todo el día fuera.

Robert abrazó los hombros femeninos, y ella apoyó la cabeza en el hombro de él al mismo tiempo que soltaba un suspiro quedo. Era maravilloso sentir su calor corporal, disfrutar de su fuerza...

–El ejército nos ha dado dos días de permiso antes de reincorporarnos para la siguiente misión.

–Me alivia saber que no te pasarás los próximos días arrestado.

De nuevo el silencio se instaló entre ambos. El ligero vaivén del balancín los sumergió en un letargo cálido y afectuoso. La brisa estival les llevaba el aroma de la lavanda, y los pájaros trinaban con fuerza inusitada.

–Ignoro cual será mi destino en el frente –las palabras de Robert sonaron marciales–, pero confío que vendrás a verme mientras espero las órdenes.

–Tienes mi palabra que te veré cada día hasta que te marches.

Robert suspiró profundamente. Ahora que la había encontrado, se resistía a dejarla. Marchar de nuevo al frente de batalla, era lo que menos deseaba, pero había que ganar una guerra, y sentar las bases para que la barbarie no se volviera a cometer.

–Ten cuidado Robert –suplicó ella con un hilo de voz–. No puedo perderte ahora que te he encontrado.

Él sonrió con candor. Allí, sentado al lado de Arianne, parecía que la guerra no tenía lugar ni cabida. Sentía la paz que transmitía la tierra francesa, y ansió no marcharse nunca de allí.

–Quiero pedirte una foto. –Ella lo miró extrañada–. Cada soldado lleva la foto de su novia, y yo deseo llevar la tuya como amuleto. Me dará suerte en la batalla.

El corazón femenino se inundó de felicidad.

–Mañana te llevaré a un lugar donde nos haremos una juntos.

–¿Lo prometes? –le pidió con voz solemne.

–¿Lo dudas? –le respondió feliz.

–Siento que esto es un sueño, y que voy a despertar de un momento a otro. Desde que te vi esta mañana, no puedo pensar nada más que en besarte.

Arianne sonrió todavía más. Escucharlo, era lo más bonito del mundo.

–¿Y a qué esperas? –lo incitó provocativa.

–No puedo besarte estando tu madre en la casa. No sería correcto.

Ella soltó una carcajada cantarina. Comenzaba a adorar esa faceta galante de Robert. Otro cualquiera hubiera aprovechado cada momento para darle un revolcón, pero no él. Se mostraba respetuoso, y honorable, hasta un punto increíble.

–Entonces, te besaré yo.

Arianne posó su mano en la nuca masculina y lo atrajo hacia ella. Cuando sus labios tocaron los de él, sintió una pequeña descarga en el corazón. Se le encogió el estómago, y le sudaron las manos. Los labios de Robert eran firmes pero suaves.

Hambrientos, pero cálidos. Bebió de ellos como una sedienta, y cuando percibió la respuesta enérgica de él, se dejó abrazar con más fuerza.

El mundo dejó de existir.

CIUDA DE BERLÍN, MAYO DE 1945

El 25 de abril de 1945, las tropas soviéticas y estadounidenses habían entrado en contacto directo dividiendo a la nación Alemana en dos. Las primeras unidades en hacerlo fueron la 69ª División de Infantería norteamericana, y la 58ª División de Guardias soviética del 5º Ejército de Guardias cerca de Torgau, sobre el río Elba, localidad donde soldados de ambas nacionalidades realizaron una breve celebración tras meses de avances desde puntos opuestos. Contra lo que se esperaba por parte de la propaganda nazi lanzada durante tanto tiempo, el contacto entre ambas tropas no fue hostil, aunque tampoco amistoso.

En las últimas horas de la batalla de Berlín, en la tarde del 30 de abril de 1945, Adolf Hitler se suicidó en el búnker de la Cancillería del Reich en Berlín. El líder alemán supo que la guerra estaba perdida, y como no deseaba ser capturado por las tropas soviéticas que avanzaban sobre la capital alemana, eligió el camino más fácil: el suicidio.

Concretamente a las 02:41 de la mañana del 7 de mayo de 1945, en los cuarteles de la SHAEF en Reims, Francia, el Jefe del Estado Mayor del Alto Mando de las fuerzas armadas alemanas, el general Alfred Jodl, firmó el acta de rendición incondicional para todas las fuerzas alemanas ante los Aliados.

Robert St'James se masajeó la base de la nuca. Sentía los hombros tensos y un dolor de cabeza punzante que no disminuía. La guerra había acabado por fin, y ahora tocaba regresar a casa. Siguió mirando el plano extendido sobre la mesa y haciendo anotaciones en el margen. No oyó la puerta al abrirse, por ese motivo se sobresaltó al escuchar la voz de su superior.

–Pensaba que estarías celebrando la victoria con los hombres que están bajo tu mando.

Robert alzó el rostro y parpadeó.

Había perdido a varios hombres. Muchachos que ya no regresarían a su hogar en América. Sus madres ya no podrían abrazarlos, ni besarlos. Habían ganado la guerra, pero el coste en vidas humanas había sido demasiado elevado.

–Quería terminar un informe que me ha pedido el coronel Miller.

El general tomó asiento frente a Robert.

–¿Tienes ganas de regresar a Nueva York?

Ni dudó un instante en responder.

–Sí, llevo demasiado tiempo fuera.

–Todos llevamos demasiado tiempo fuera.

Robert le sonrió al oficial superior al mismo tiempo que dejaba el lápiz sobre el plano.

–Pero antes de regresar a Estados Unidos, debo ir a París.

El oficial alzó las cejas con curiosidad.

—¿Una chica parisina? —se atrevió a preguntar.

Robert hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Allí conocí a la muchacha más extraordinaria de todas. Sufrí un flechazo nada más verla.

El general encendió un pitillo y le ofreció otro a Robert que negó.

—Cuando se está tanto tiempo en el campo de batalla, cuando la muerte rodea a uno por los cuatro costados, el amor es como una tabla de salvación a la que agarrarse.

Robert pensó que el oficial tenía razón. Había estado rodeado de muerte, de miseria, pero Arianne se había mostrado frente a él como esa tabla de salvación que el general había mencionado. Como un faro iluminado en una noche oscura de tormenta.

—Podrías quedarte un tiempo en París antes de regresar a Nueva York —le dijo el general apurando la última calada del cigarrillo.

Robert se sentó en una esquina de la mesa.

—¿Un tiempo en París? —Atinó a preguntar.

—Tendré que pasar un tiempo en la ciudad y necesitaré un ayudante.

Las cejas de Robert se arquearon interrogantes.

—No sé si estoy cualificado.

El general lo miró. Robert St'James era uno de los mejores oficiales que había tenido bajo su mando. Los hombres que tenía a su cargo lo respetaban. Lo idolatraban.

No había un hombre más leal y firme.

—No te habría mencionado nada —le dijo el general—, pero al decirme que tienes una mujer esperándote en París, pensé que podría ser una buena oportunidad para ti, para ella, para los dos —terminó.

Robert tomó aire y lo soltó poco a poco. En verdad la oferta del general le llegaba como agua de mayo. Él tenía la intención de casarse con Arianne, pero no quería dejar a la madre de ella sola en Francia. Y dudaba que la buena mujer quisiera abandonar el hogar de sus antepasados para marcharse con ellos a Nueva York.

Durante varias noches, Robert había pensado en la mejor forma de actuar. Y se le hacía muy difícil plantearle a Arianne la marcha de ambos a otro país. El general le había hecho una oferta que no podía despreciar.

—¿Cuál sería mi trabajo?

El general se encendió otro pitillo. Inhaló el humo profundamente.

–Tengo que preparar unos juicios que temo me llevarán bastante tiempo.

Robert había entendido. Muchos altos mandos militares alemanes se habían rendido, otros huían pero eran apresados y estaban a la espera de juicio. Un juicio que determinaría si habían cometido crímenes de guerra, también su grado de culpabilidad.

–Los juicios suelen llevar bastante tiempo –admitió en voz baja.

–Tendré que preparar ingente cantidad de informes, y necesitaré un estrecho colaborador.

Robert cruzó los brazos al pecho. Estaba ansioso de ver de nuevo a Arianne. De regresar a su hogar en América, y ver a su familia, pero podría esperar un poco más porque estaría acompañada por la mujer de su vida.

–¿Cuándo regresamos a París?

Había impaciencia en su voz al pronunciar las palabras.

–En cinco días –respondió el coronel.

Robert paladeó los días que le parecieron muy pocos. Después de meses ansiando verla de nuevo, en poco menos de una semana podría hacerlo. Tocarla. Besarla. Se sintió afortunado.

–Lo invito a una cerveza –le ofreció al general.

–Creo que nuestro regreso a París se merece algo más fuerte y de más calidad.

–¿Un coñac? –inquirió Robert.

–Había pensado en una botella de champán.

Robert sonrió y aceptó con gusto.

Los dos hombres se marcharon del despacho compartiendo bromas.

PARÍS, JUNIO DE 1945

Arianne corrió como nunca en su vida. Agitaba en la mano derecha una carta mientras la alegría hacía presa de ella. Recorrió el camino lleno de flores pero sin detenerse a contemplarlas. Estaba deseando contarle la nueva a su madre: Robert llegaría muy pronto.

–¡Mamá! ¡Mamá! –Exclamó con júbilo–. Viene de camino, viene de camino.

La puerta mosquitera se abrió para ella. Su madre sostenía la hoja de madera abierta y Arianne pasó al interior saltando y riendo a la vez.

–¡Viene, mamá!

–Me alegro mucho –respondió Clare sumándose a la alegría de la hija.

La muchacha giró sobre sí misma varias veces, momentos después se dejó caer en el bonito sofá de flores azules.

–Ha pasado tanto tiempo –se lamentó.

Desde el último beso que había compartido con Robert, los días se habían acumulado a las semanas y a los meses. Había escuchado cada noticia sobre el avance de la guerra con el corazón encogido de temor. De anhelo y tristeza. Se perdían tantas vidas.

–Me alegro de corazón que Robert no haya resultado herido en batalla.

Arianne sacó la hoja del interior del sobre y se la extendió a su madre.

–Es para ti. –La mujer se sorprendió–. Ha enviado dos cartas, una para mí y otra para ti.

La tomó con cierta vacilación. Leyó las pulcras letras redactadas en un perfecto francés, y supo que Robert no había escrito la carta, aunque se lo mencionaba en la misma. Había utilizado a un traductor nativo para pedirle formalmente la mano de su hija. Las lágrimas se agolparon en sus cansados ojos. Indudablemente, Robert sabía hacer las cosas bien. En la carta le indicaba que llegaría a París al día siguiente, y se llevó la mano al pecho.

–Tenemos que preparar la habitación de tu hermano para él.

Arianne miró a su madre con atención.

–No creo que Robert se hospede con nosotras –respondió concisa.

–No tenemos forma de saberlo –contestó rápida Clare–. Pero le extenderemos la invitación, y él decidirá si se queda con nosotras o en el campamento militar.

–Estoy tan nerviosa que siento como si el corazón me fuera a salir por la boca.

Y era cierto. Tras la euforia desatada, la muchacha sentía la boca seca y el pulso desatado.

–Hay que preparar una boda –dijo la mujer mayor pensativa.

–¡Mamá! –Exclamó Arianne–. No debemos precipitarnos.

Pero la madre no hizo caso alguno al comentario. Tomó la mano de su hija y la llevó con pasos rápidos hacia el dormitorio principal. Arianne la seguía sonriente.

Abrió una hoja del armario que siempre se mantenía cerrada y sacó una caja de cartón que estaba cerrada con una cinta de raso blanco. La tela ya amarilleaba por el paso del tiempo. La llevó hacia la cama y desató el nudo con dedos impacientes. En el interior había un precioso vestido de novia.

Era de cuello alto y levemente en "V", todo de encaje con aplicaciones de rosas también de encaje. Tenía unos botoncitos delicadamente costurados en la parte delantera y aplicaciones de perlas. La falda era

muy voluminosa. Comenzaba con un fajín drapeado en la cintura, la tela de la falda estaba trabajada en tafetán de seda.

Tenía agregada una cola al vestido aunque no muy larga, también de encaje. Cuando su madre sacó el velo estilo Julieta, Arianne soltó un gemido de admiración. Era un precioso tocado realizado en crochet, decorado con perlas y joyas. Un estilo perfectamente armonioso para el velo circular extremadamente delicado, también con aplicaciones de encaje, y bordado con perlas en su totalidad.

–¡Es maravilloso! –logró decir con la voz entrecortada–. El retrato del salón no le hace justicia.

Clare estaba de acuerdo con esa aseveración.

–Será un honor para mí que lo lleves el día de tu boda.

El honor sería para Arianne pues nunca podría haber soñado con un vestido más bonito que el que llevó su madre en su propia boda.

–Es precioso –reiteró–. Temo estropear una tela tan delicada.

La madre sonrió al contemplar el entusiasmo con el que la hija acariciaba el tejido.

–Es una suerte que seas más pequeña que yo –apuntó–, pues así lo arreglaremos mucho más fácilmente que si fueras más alta que yo.

–Tenemos tiempo para ello.

La mujer entrecerró los ojos pensativa. Si no hubiese estallado una guerra. Si Robert fuera francés y no estadounidense, no existirían las prisas, pero Europa estaba devastada tras la contienda, y el prometido de su hija tenía que regresar a su hogar.

¡Debía regresar! Allí lo esperaban familiares y amigos. Por supuesto que no había tiempo que demorar.

–Te voy a extrañar muchísimo –dijo la madre con voz emocionada.

Por un momento, por un instante, Arianne no comprendió las palabras de Clare, cuando su cerebro las interpretó de la forma correcta, su semblante se demudó. Casarse con Robert significaría dejarla, abandonar Francia y todo lo que conocía. La tristeza inundó su corazón pues estar con el amor de su vida la alejaría de su madre.

–Hasta ahora no me había dado cuenta de lo que perderé si me caso con Robert.

Clare soltó un suspiro profundo porque entendía los sentimientos de su hija. El amor era maravilloso, pero entrañaba decisiones difíciles, no obstante, ella no iba permitir que su hija dejara escapar su felicidad por una circunstancia que se podía sobrellevar con paciencia y amor.

–Podrías visitarme en verano.

Arianne desvió la mirada del rostro amado. ¿Cómo podía su madre imaginar que la dejaría sola? Había perdido un padre, un hermano, no podía perder una madre dejándola en Francia.

–Podríamos vender la granja –sugirió.

Clare había pensado en esa opción, pero la granja había pertenecido a su familia durante generaciones. Quería dejársela a los nietos que vinieran. Pensar en lindos muchachitos que crecerían lejos de ella le encogía el corazón.

–Es tu herencia. Ni loca pensaría en deshacerme de ella.

Arianne se mordió ligeramente el labio inferior pensativa. Buscaba posibles soluciones porque se le hacía imposible dejar a su madre. Esa opción estaba completamente descartada.

–No voy a dejarte aquí sola –aseveró con firmeza.

Clare no quería seguir hablando sobre ello.

–¿Cuándo llega Robert? –Preguntó en voz baja.

El rostro de su hija se iluminó porque la pregunta de su madre le había traído a la memoria pensamientos sobre el amor de su vida.

–En la carta dice que llegará mañana –la emoción la embargaba por completo–.

¿Deseas que te la lea?

Clare negó con rotundidad. Una carta era algo personal y privado. En modo alguno quería inmiscuirse en las palabras que se decían el uno al otro.

–Me dice cosas muy bonitas –Arianne ya sacaba la hoja del sobre. La desdobló y a Clare no le quedó más remedio que escuchar con cierto rubor lo que su hija le iba leyendo.

« Te extraño en cada lugar de mi mente. Mi corazón bombea sangre que te añora. Lo hace mi piel, mis ojos. Te extraño cuando escucho música porque estás en las notas. En el paisaje que desfila ante mi rostro porque es parte de ti. Te extraño incluso ahora que he tomado el lápiz para escribirte, y lo hago mientras te escribo.

Te extraño incluso al extrañarte».

–Son unas frases preciosas –le dijo Clare–, aunque me cuesta imaginar a un hombre de su talante y responsabilidad con esa vena romántica.

Arianne la miró y le dedicó una gran sonrisa.

–Y me ha escrito una poesía preciosa de un dramaturgo hispano, Lope de Vega, dice que sus palabras lo definen porque es lo que siente al estar lejos de mí. ¿Te gustaría que te la leyese también?

La madre hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Veía a su hija emocionada, ilusionada, y compartió su alegría. A ella nunca le habían dedicado una poseía. Su esposo había sido un hombre recto, serio, aunque afable y respetuoso. Se había ocupado de la granja desde muy joven. Y se preguntó cómo se sentiría una mujer cuando le regalaban al oído palabras hermosas.

Arianne leía en silencio. Clare la veía recorrer las líneas negras con los ojos brillantes, y llenos de ilusión.

–No tienes que leérmelo si no lo deseas –le dijo para no incomodarla–. Es algo privado entre vosotros y que respeto.

–No me gusta tener secretos contigo –respondió la hija.

–Pero no son secretos sino declaraciones de amor entre una pareja enamorada.

La muchacha no lo había pensado de ese modo. Estaba tan dichosa que quería compartir con su madre esos momentos de lectura que consideraba únicos y especiales.

–Es una poseía muy hermosa. Dice mucho sobre los efectos del amor pues así se titula –le aclaró–. Simplemente estaba repasándola para darle la entonación apropiada.

Deseo emocionarte como lo hice yo al leerla por primera vez.

–Estoy deseando escucharla –la animó entonces la madre–, y sé que me gustará porque he visto el efecto que provoca en ti.

–Se titula: Varios efectos del amor –repitió aclarándose la garganta.

« *Desmayarse, atreverse, estar furioso,*

áspero, tierno, liberal, esquivo,

alentado, mortal, difunto, vivo,

leal, traidor, cobarde, animoso,

no hallar, fuera del bien, centro y reposo;

mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,

enojado, valiente, fugitivo,

satisfecho, ofendido, receloso.

Huir el rostro al claro desengaño,

beber veneno por licor suave,

olvidar el provecho, amar el daño:

creer que un cielo en un infierno cabe;

dar la vida y el alma a un desengaño;

esto es amor. Quien lo probó lo sabe».

Clare soltó un suspiro largo y profundo. Se le había formado un nudo en la garganta ha medida que su hija le leía las palabras hermosas que ese poeta había creado. Cuando ésta alzó sus bonitos ojos de la hoja escrita y miró el rostro de su madre, se percató que tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¡Mamá! —Exclamó la muchacha mientras la abrazaba—. No llores, por favor. No quería ponerte triste.

—No es tristeza sino alegría —le respondió—. Has leído las frases con tanto sentimiento, que me has emocionado.

Y las dos siguieron abrazadas durante mucho rato. Consolándose la una a la otra.

Compartiendo un momento bello y único.

La estación de tren, *gare de Paris-Nord*, estaba llena de viandantes que esperaban la llegada del tren igual que ella. Arianne se fijó en varias muchachas que se paseaban nerviosas y reían soltando grititos de entusiasmo. Algunos hombres vestidos con trajes oscuros, leían el periódico mientras esperaban. Ella también estaba nerviosa. El telegrama de Robert le había indicado que llegaría a París a las cuatro de la tarde.

Miró su pequeño reloj de pulsera que marcaba ya las tres y cincuenta y cinco minutos.

Su madre había decidido esperarlos en la granja mientras preparaba la cena. Quería agasajarlo como se merecía después de un año de dura lucha en el frente, ambas eran conscientes que se había ganado la guerra a costa de millones de vidas humanas. De valientes soldados que habían dejado todo cuanto conocían para luchar en un lugar desconocido. A pesar del alto coste, Arianne se sentía feliz. Europa se recuperaría.

Francia renacería de sus cenizas, y todo volvería a ser mejor, porque la guerra enseñaba lo importante que era la vida y la libertad, aunque una parte de ella sentía un cierto temor hacia los soldados sobrevivientes pues, para los testigos directos de cualquier drama bélico, el recuerdo de la guerra solía desvanecerse con el transcurso del tiempo. Los civiles eran conscientes de los estragos que causaba la lucha armada, y trataban de reconducir sus vidas de la mejor forma posible, pero lejos, a cientos de kilómetros de distancia, las secuelas del horror solían perseguir a todos los que la vivían de forma plena: cara a cara. Arianne pensó en los miles de muchachos americanos, ingleses, canadienses, etc. que ya no volverían, y aquellos que lograran regresar, ya no volverían a ser los mismos de antes porque la guerra sacaba siempre lo peor del ser humano, escudándose en ella se cometían todo tipo de atrocidades. Los chavales se enfrentaban a situaciones que iban más allá de lo que uno podría considerar normal o ético, y esa sensación contradictoria se convertía en una herida profunda que ya no sanaba. Todo eso lo había aprendido con su hermano que nunca volvió a ser el mismo después del primer interrogatorio nazi. Los excombatientes se llevaban las heridas a casa, y estaba convencida que ya no podrían olvidar lo que habían visto y hecho para sobrevivir al horror. Su hermano no lo hizo, su padre tampoco. Más allá de las heridas físicas, estaban las cicatrices invisibles del alma: todo tipo de efectos psicológicos y psiquiátricos que podrían convertir en un infierno el retorno a sus vidas previas al conflicto.

El sonido de la sirena del tren que entraba a la estación la sacó de sus pensamientos. Las muchachas más decididas corrieron para posicionarse al filo del andén. Era indudable que estaban ansiosas por recibir a

los salvadores, quizás amores, como el que ella estaba esperando.

Arianne se mantuvo en tercera fila observando con atención. Las puertas de los vagones se abrieron al unísono, y por ella comenzaron a salir decenas de soldados que gritaban con júbilo.

Sentía el corazón desbocado. El pulso en la sien, pero aunque buscaba con los ojos, no veía a Robert. El grueso de gente se fue dispersando y con ellos el griterío de alegría, y esperando en el andén se fueron quedando algunos hombres y ella. Respiró profundamente para calmar el comienzo de decepción que comenzaba a sentir.

Posiblemente Robert no habría podido coger el tren. O quizás responsabilidades de última hora lo retenían todavía en Berlín. Bajó la cabeza y aseguró el bolso para darse la vuelta. No dio ni un paso cuando escuchó una voz alta y clara que la llamaba.

—¡Arianne!

El corazón hizo un salto mortal dentro de su pecho. Se giró muy lentamente hacia la voz, y la presencia de Robert se hizo presente. Caminaba a largas zancadas hacia ella que seguía quieta sin poder moverse. Estaba más delgado y tenía sombras bajo los ojos. La tomó en brazos y giró con ella al mismo tiempo que la besaba. La gorra se le cayó al suelo, pero Robert no se molestó en cogerla.

Arianne estaba tan feliz que temió estar soñando.

—¡Cómo te he extrañado, pequeña!

Aceptó el beso hambriento, y el abrazo fuerte que la fundía con el cuerpo masculino.

—Me resulta difícil creer que estás aquí sano y salvo.

La voz se le había entrecortado.

Robert había cogido el rostro de ella con ambas manos y lo mantenía quieto frente al suyo. Miraba cada rasgo como si lo quisiera memorizar: Los bonitos ojos azules. La preciosa boca cincelada. El rosado de sus mejillas.

—Sigo siendo la misma Arianne —le dijo ella.

—Imposible, porque estás mucho más guapa.

El cumplido le aceleró el pulso y la respiración. Sin embargo, tras mirar atentamente el rostro masculino, Arianne se percató de las sombras oscuras bajo los ojos. Las marcadas arrugas en torno a ellos. Robert tenía los pómulos más salientes, y las sienes veteadas de gris, aunque lo hacían parecer mucho más atractivo.

De nuevo se fundieron en un abrazo y en un beso largo y profundo. Cuando escucharon varios silbidos de soldados que cruzaban al paso de donde estaban ellos parados, Robert la soltó. Arianne estaba sin aliento. Tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

—Sigo sin creerme que estés aquí y que haya terminado la guerra. Él le dio un beso más.

Después se inclinó para recoger la gorra, y le pasó el brazo por los hombros.

–¿No traes equipaje? –le preguntó con duda.

–Va de camino al campamento.

Arianne entrecerró los ojos pensativa.

–Te habíamos preparado una habitación en Bresse.

Robert la apretó más fuerte, como si quisiera cerciorarse que era real. La había imaginado así, protegida por sus brazos.

–Pensé que me darían un permiso cuando llegara a París, pero no ha sido posible.

Debo quedarme en el campamento.

Arianne se sintió decepcionada, aunque trató de no demostrarlo.

–Pensé que se habían terminado tus obligaciones.

Robert suspiró cansado. Le esperaba un tiempo duro hasta que se formalizaran los juicios y se llevaran a cabo. La justicia era lenta, también la militar.

–De este tema tengo que hablar con tu madre.

Arianne se paró y se giró para mirarlo. Casi habían llegado al aparcamiento donde esperaba el jeep que lo llevaría al campamento.

–¿De qué tema deseas hablar con mi madre?

Robert le acarició la mejilla.

–Debo quedarme un tiempo en París.

–¿Por qué?

–Mi trabajo no ha concluido.

–La guerra ha terminado –afirmó en voz baja.

–No para los que deben ser juzgados por los crímenes que han cometido.

Arianne parpadeó confusa.

–Entiendo –pero no era cierto.

Robert lo supo, y por ese motivo le aclaró.

–Los verdugos serán juzgados muy pronto, y yo debo ayudar con el papeleo a mi superior para que no

escape ni uno de ellos.

La muchacha sonrió al comprender que si Robert se tenía que quedar en París, ella no tendría que marcharse todavía.

—Mi madre se alegrará mucho de saberlo —le dijo de pronto—. Tiene asumido que me perderá cuando tengamos que marcharnos a Estados Unidos, y hasta hoy no me había dado cuenta de cuánto la voy a extrañar. Lo peor, no quiero hacerlo.

Robert no le contestó porque habían llegado al jeep. El cabo que conducía le hizo los honores a Robert y le abrió la puerta a ella para que tomara asiento detrás. La siguiente media hora escuchó, aunque no entendió, el informe verbal que le daba el cabo a Robert para ponerlo al día sobre lo sucedido en la ciudad de París en el último mes. Se dirigían hacia el cuartel general, y ella se preguntó por qué motivo no la dejaban en la granja. Como si Robert intuyera la pregunta silenciosa, le respondió:

—Entrego unos informes de última hora a mi superior, y después nos marchamos. —

Arianne asintió—. Quiero invitarte a cenar.

Ahora suspiró, su madre los esperaba para cenar juntos.

—Me temo que no será posible —el cabo tomó una curva rápida que la lanzó hacia el otro extremo del vehículo. Arianne se apoyó mejor—. Mi madre se ha esmerado mucho en preparar una cena para ti digna de un rey. No podrás rechazarla.

Robert giró el rostro para mirarla.

—Será un placer asistir a esa cena que Clare ha preparado con tanto cariño para un hombre que se siente famélico.

La muchacha se preguntó cómo podía saber él qué decir en cada momento para hacerla sentir tan bien.

La cena resultó excelente, mucho más de lo que había esperado Robert. Tras meses alimentándose de latas y sopas, masticar la exquisita carne de ave que se deshacía como mantequilla caliente en la boca, era casi una nueva experiencia. Los bollos de pan crujientes, la variada y rica selección de quesos acompañados de un buen vino, le produjo una sensación de bienestar tan placentera que no podría olvidarlo nunca.

—Jamás había probado una carne tan rica.

Arianne lo miraba arrobada. Robert había traído como postre bombones de chocolate. Ella había olvidado la última vez que probó el chocolate, y lo que le gustaba desde niña.

—Es faisán aunque criado en nuestra granja.

Por eso estaba tan bueno, pensó Robert, nunca había probado la carne de faisán.

–Las patatas también estaban deliciosas –y era cierto.

Clare las había preparado con nata, nuez moscada y queso. Habían quedado muy sabrosas.

–Prepararé el café –ofreció Clare con una sonrisa.

Veía a su hija tan feliz que el corazón se le salía del pecho.

–Te ayudaré –le dijo Arianne al mismo tiempo que se reincorporaba.

–Todos ayudaremos –Robert se había sumado a quitar la mesa y llevar la vajilla usada hasta la cocina.

Durante la siguiente media hora, se dedicaron a limpiar los restos de la cena entre bromas y risas. Cuando todo quedó ordenado, Arianne y Robert se sentaron en el salón frente a la chimenea apagada. Clare ya traía la bandeja con el café y los chocolates, segundos después colocó un disco en el gramófono y se sentó. Su hija ya había servido y repartido los cafés.

–Me parece increíble poder estar así de relajada, y sin temor compartiendo una taza de café.

Las palabras de Clare lograron que su hija y el oficial la miraran con atención.

–Es maravilloso que haya terminado la guerra –apuntó Arianne.

Robert se tomó el primer sorbo de café ensimismado. La guerra había costado millones de vidas humanas. Jamás se podría olvidar la barbarie, pero estaba feliz de que todo hubiese acabado ya, salvo los juicios que comenzarían en breve.

–Ahora vendrán tiempos muy duros para muchos.

Era cierto. Por toda Europa había ciudades devastadas. Campos arrasados.

Cunetas llenas de muertos todavía sin identificar...

–Pero ha terminado –puntualizó Clare–. Europa resurgirá como el ave Fénix resurge de sus cenizas –respondió–. Hemos aprendido una valiosa lección y que no se volverá a repetir –siguió–. No permitiremos que suceda de nuevo.

Un silencio se instaló entre los tres. Cuando Robert dejó la taza vacía en la bandeja, miró con atención a Clare.

–Tengo que hablarle sobre mi estancia en París. –Clare esperó a que continuara–.

Debo quedarme un tiempo en la ciudad. La duración de la misma, la desconozco.

–Pensé que se marcharía pronto a Estados Unidos –respondió la madre.

En los ojos de Robert brilló la añorancia por su madre, por sus hermanas. Por los amigos que había dejado en Nueva York. Por continuar de nuevo con su trabajo.

–Deseo casarme con Arianne enseguida –soltó de pronto.

La mencionada se llevó la mano a la garganta para contener un gemido que salió por su boca de todas formas. No esperaba que se lo dijera de forma tan directa a su madre.

–Ya contaba con ello –contestó Clare.

Si a Robert le sorprendió la respuesta de la mujer, no lo demostró.

–He conseguido una licencia especial –continuó él–. Cuando estemos casados iniciaré los trámites para el viaje a Estados Unidos.

Clare sonrió con pesar, y Robert interpretó correctamente la mirada de ella. Se estaba preparando para la partida de su hija. Del único familiar que le quedaba. ¿Qué madre podría aceptar de buena gana ese avatar del destino? ¿Con resignación? Él no esperaba algo así, por ese motivo le respondió con voz que no admitía discusión.

–Comenzaremos a preparar sin demora la partida de los tres a mi país –puntualizó en el mismo tono marcial que utilizaba para dirigirse a sus hombres.

Esas palabras captaron por completo la atención de la madre que miró al militar con la sorpresa dibujada en el rostro.

–¡Yo no puedo marcharme a Estados Unidos! –Exclamó atónita.

El oficial parpadeó atento sin dejar de mirarla.

–No tenemos ninguna intención de dejarla aquí –respondió Robert de forma serena, sus palabras no desmentían la seriedad de su rostro.

Clare suspiró varias veces.

–¿Qué será de la granja Bresse? ¡Es la herencia de Arianne!

Robert había meditado mucho. Para ellos sería mejor que Clare vendiera la granja, pero la guerra había mermado esa posibilidad. Una granja tan grande tenía un coste elevado, pero tampoco podían regalarla. Encontrar un comprador que tuviera o reuniera los suficientes francos para hacerlo, iba a ser muy difícil.

–El tiempo que tengo que quedarme en Francia no será inferior a un año.

Arianne tomó aire y lo expulsó lentamente. No esperaba que la estancia de Robert en París fuera tan larga.

–Y deseo estar casado con Arianne mientras transcurre.

–Es algo razonable en vista de las circunstancias –contestó Clare.

–Podemos encontrar a alguien que se ocupe de la granja. Como incentivo podría disfrutar de parte de los beneficios que en ella se produzca. –Clare colocó las manos sobre su regazo y las frotó como si quisiera

calentarlas—. Usted podrá supervisarlo todo desde Nueva York. Tendrá toda mi ayuda si lo estima necesario.

Arianne vio en los ojos de su madre las dudas que sentía. Todo lo que conocía estaba en esa granja. Al otro lado del océano no tenía nada.

—Me tendrás a mí, mamá —le dijo con dulzura.

—Deseo tener a la abuela de mis hijos cerca —replicó Robert.

—De nuestro hijos —lo corrigió Arianne—. Es muy importante para mí que vengas con nosotros.

Robert la miró con una sonrisa genuina.

—No conozco su idioma —balbuceó nerviosa.

—¡Lo aprenderemos! —Exclamó la hija.

En su voz se percibía la enorme esperanza que había depositado en la posibilidad de que su madre decidiera comenzar una nueva vida junto a ella en otro lugar.

—Tendrá toda la ayuda que necesite para que su estancia en mi país sea lo más placentera posible.

—¿Y qué persona se ocuparía de la granja? —preguntó Clare con duda.

Robert no tenía una respuesta que ofrecerle, por ese motivo fue todo lo franco que pudo.

—Tenemos como mínimo un año para encontrar a la persona idónea, y que cumpla todos los requisitos que señale para ocupar la granja.

La mente de Clare analizaba todos los pros y contras de esa sugerencia. Ella no quería estar alejada de su única hija, de su único pariente vivo, pero tampoco quería vender la granja. La sugerencia ofrecida por Robert le parecía una opción más que aceptable.

—Hay muchas personas que lo han perdido todo —dijo Robert de pronto—. Ciento de familias que se sentirán privilegiadas de poder continuar adelante ocupándose de la granja Bresse.

Arianne no había pensado en esa posibilidad. Se le aceleró el corazón al percatarse que conocía perfectamente a la persona adecuada.

—¡Michelle! —Exclamaron madre e hija al unísono.

—¿Michelle? —Preguntó Robert curioso.

Fue Clare quien respondió.

—Era amigo de mi hijo pues ambos estudiaron juntos en la universidad —comenzó ella—. La granja de sus padres fue incendiada porque ayudaron a un piloto británico —

Clare calló un momento. Recordar se volvía doloroso—. Perdió a su esposa embarazada de su segundo hijo...

La mente de Clare recordaba perfectamente la desgracia de Michelle porque había sucedido poco después de la suya propia.

—Tiene una niña de seis años —dijo Arianne—. Y lo ha perdido todo en la guerra.

Robert soltó un suspiro de alivio. La existencia del tal Michelle simplificaba mucho las cosas. Era conocido de ambas. Lo había perdido todo y necesitaba algo con lo que comenzar de nuevo para sacar a su hija de seis años adelante. Consideró la noticia un golpe de buena suerte.

—Ahora, solo nos queda preparar una boda.

Se casaron una semana después de que Robert regresará a París. La boda había resultado sencilla pero inolvidable. Arianne, vestida con el traje de ceremonia de su madre, iba tan hermosa que arrancaba suspiros de placer a medida que caminaba hacia el novio que esperaba impaciente. Robert iba vestido con el traje oficial de gala del ejército. A la boda habían asistido prácticamente todos los hombres que habían estado o estaban bajo el mando de Robert. Casi la totalidad del campamento obsequiaron a la novia con tantas medias de seda y chocolates, que Arianne podría montar una tienda para venderlos después y ganar dinero con ello. La granja se había adornado para recibir el almuerzo que parte de los vecinos habían preparado de forma especial y como regalo. Clare no dudó en matar varios faisanes, patos y gallinas para preparar los platos de comida principales para la celebración. Por todos los sitios había guirnaldas, y ramos de flores. En el prado se habían habilitado largos tableros de madera que se habían cubierto con manteles variados y coloridos. Todos los vecinos colaboraban entusiasmados pues conocían a la pequeña Arianne desde su nacimiento, y para ellos, no solo celebraban una boda sino el final de la guerra, y por eso colaboraron con tartas saldas, dulces, embutidos y vinos variados de sus propias bodegas que los alemanes no habían podido consumir ni destruir. Y la fiesta tras los esponsales duró hasta la mañana del día siguiente sin que Robert y Arianne perdieran la sonrisa, solamente había empañado el enlace la circunstancia de que los padres y familiares de Robert no estaban en la ceremonia, pero él le había prometido a Arianne que volverían a casarse cuando estuvieran establecidos en Nueva York. Los padres de Robert tenían una preciosa casa con un inmenso jardín en el que podrían darse de nuevo los votos para que la madre de él pudiera disfrutar del momento mágico del que disfrutaba ahora la madre de ella.

Clare había sido la madrina de boda de Robert, y el general, John Altman Blackstone, había actuado de padrino para ella. Arianne se sintió triste por la ausencia de su padre y hermano, pero la vida se abría paso y continuaba a pesar de todo.

Era una persona afortunada porque seguía teniendo a su madre consigo. Ambas habían sobrevivido. Había encontrado el amor de su vida. ¿Qué mujer podía esperar más en una desgracia tan grande como una guerra? Era feliz, se sentía feliz y se le notaba en el rostro. En los gestos y en la sonrisa arrobada que le dirigía ya al que era su marido.

En ese preciso momento, ambos estaban escuchando una simpática y picaresca canción que le dedicaban los soldados de su marido. No pudo evitar ruborizarse porque algunas estrofas eran demasiado atrevidas.

Robert los miraba con una advertencia en los ojos, y les mostraba en ellos la segura venganza que iba a tomarse cuando regresaran de nuevo al campamento. Sin embargo, los hombres estaban felices.

La guerra había sido terrible, pero la vida continuaba.

–Pienso arrestarlos a todos –le susurró Robert al oído.

Arianne le mostro una sonrisa dulce.

–La canción es muy bonita.

Robert se dijo que eso no era cierto. Era la típica canción que cantaban los soldados cuando el alcohol les calentaba la sangre. Desvió brevemente los ojos de los hombres de su unidad para clavarlos en el general que conversaba de forma tranquila con la madre de su esposa. Paladeó la palabra esposa porque le pareció sublime. El general sostenía en sus manos una copa de vino tinto y parecía que escuchaba a Clare con suma atención. Sin apenas darse cuenta, fue entrecerrando los ojos porque no había caído en la cuenta de que el general John Altman Blackstone era viudo y padre de tres hijos ya adultos. Soltó una risa ante el pensamiento que le había cruzado la cabeza.

Era descabellado. Imposible, pero, ¿acaso no se había enamorado él en un día mientras sus hombres desfilaban bajo el cielo de París?

–¿De qué te ríes? –Quiso saber ella.

Robert hizo un gesto negativo con la cabeza ante la idea loca, pero durante el resto de la canción se encontró girando levemente la cabeza para mirar al general y a su suegra.

Había llegado el momento de lanzar el ramo de novia, y ante ella, que estaba subida en los escalones del porche trasero, seguían los más de cincuenta soldados que le habían obsequiado la atrevida canción. Solo tres muchachas buscaron su hueco entre los soldados que comenzaron a silbar para animarla a que lo lanzara.

Arianne estaba anonadada. ¿En Estados Unidos los hombres también esperaban junto a las mujeres para recibir un ramo de novia? Se dijo entonces que lo desconocía todo con respecto al país de su marido, pero era algo que tenía que solucionar, y lo haría de inmediato. Buscaría toda la información posible antes de partir.

–Es una tradición francesa que solo deben esperar el ramo muchachas solteras –

les dijo a los hombres.

Una docena de ellos se separaron del grupo. A la vista estaba de que no estaban solteros.

–Ahora solo quedamos los solteros –vociferó uno de ellos–. Y también queremos participar en la recogida del ramo.

Las tres chicas asintieron a la vez confirmando que estaban de acuerdo con la petición tan insólita.

Arianne se giró de espaldas, levantó el bonito ramo de rosas blancas y lo alzó por encima de su cabeza.

Cerró los ojos y lo lanzó con fuerza. El ramo de novias impactó en el pecho del general que para cogerlo soltó la copa de vino que se estrelló en el suelo. Pasaba caminando por detrás del grupo que esperaba. Robert no ocultó una gran sonrisa al contemplar el sonrojo del curtido veterano.

—Es usted el siguiente, general.

El hombre parpadeó confuso. El griterío entusiasta de los soldados le arrancó una carraspeo incómodo.

—Tiene que lanzarlo de nuevo, señora St James.

Cuando Arianne escuchó su nuevo apellido, se sintió turbada.

—Ahora es suyo, general —respondió con una sencilla sonrisa.

La tradición decía que una vez que se lanzaba el ramo, ya no había vuelta atrás.

—Pero yo no estoy soltero.

—Que le haya tocado el ramo ha sido cuestión de suerte —respondió Robert con auténtico humor—. Y como viudo... —dejó la frase sin terminar.

La fiesta continuó entre risas, bromas y un general que no perdía detalle de una mujer que lo había fascinado. Entendía perfectamente lo que había sentido Robert al ver por primera vez a Arianne, la preciosa muchacha que había apadrinado para llevarla al altar. Sin saberlo, Robert lo había obsequiado con un recuerdo maravilloso.

John Altman Blackstone era padre de tres varones fuertes que habían luchado hombro con hombro junto a oficiales tan preparados y valientes como Robert. Uno de ellos era piloto y continuaba en Inglaterra. Otro seguía en Berlín, y el más pequeño tenía un hueco en el portaaviones USS Yorktown. Cuando sus hijos se casaran él no podría actuar de padrino. Por ese motivo se sintió honrado con el gesto de Robert.

Clare Amey miraba a la pareja que formaban su hija y su yerno. Él la sostenía por los hombros. Los dos estaban sentados en el balancín del porche principal y compartían confidencias ajenos a los invitados. Al vino que corría entre los soldados.

A las bromas que se decían los unos a los otros. Podía escuchar el sonido de los pájaros. El silbido del viento. Se limpió una lágrima que resbalaba por su mejilla, y se tragó un sollozo de dicha.

La guerra era horrible. Sus resultados, macabros, pero allí, entre lavandas y lirios en flor, latían dos corazones a la par. Sumidos en una dicha que no podían ocultar.

Y se sintió maravillada del futuro que se abría ante ellos, y de la esperanza que renacía de las cenizas de la vida.

El amor había llamado a los corazones de Robert St James y de Arianne Amey aquel día de agosto de 1944 bajo un cielo azul. Bajo el cielo de París. Dejó de mirarlos y recorrió con interés los invitados de uno y otro lado que seguían la celebración con amplias sonrisas y buenos deseos. Su mirada tropezó con unos ojos azules intensos, brillantes que le provocaron un saltó en el estómago. Eran los ojos el general John Altman Blackstone que sostenía entre sus manos el ramo de novia de su hija. Se puso nerviosa. Se le

secó la garganta y deseó desaparecer del lugar donde se encontraba para recuperar la normalidad del pulso. ¿Por qué motivo la miraba de forma tan intensa? Se preguntó si tendría el vestido manchado, y se encontró haciendo precisamente eso, mirar el ruedo de su vestido azul. Cuando alzó la vista de nuevo, él ya venía caminando hacia ella. Clare giró la cabeza a izquierda y derecha buscando una posible salida donde huir aunque pareciera cobarde. Segundos después se amonestó. No era una muchacha insegura que un hombre de la talla y apostura del general pudiera ponerla nerviosa. Clare rectificó, ¡estaba hecha un manojo de nervios!

Lo veía avanzar hacia ella firme, decidido, con una clara intención que la preocupó...

–Esto le pertenece –el general extendió su brazo y le ofreció el ramo de novia de su hija.

–No puedo aceptarlo pues es suyo –respondió tratando de no desviar la mirada.

–Robert me ha comentado que se instalará con ellos en Nueva York.

Clare se mordió ligeramente el labio inferior. Ese hombre la ponía en tensión con la profundidad de su mirada.

–Tiene el pantalón manchados de vino.

Respondió ella que buscaba un tema de conversación diferente al que él pretendía.

John Altman Blackstone se miró los camales del pantalón militar. Era cierto, cuando el ramo de novia había impactado en su pecho, había soltado la copa de vino que sostenía, y el resto de líquido que contenía se había derramado sobre su zapato.

Pero no le importó.

–¿Me permitirá visitarla?

Clare no tardó ni un segundo en responder.

–¡Por supuesto que no!

Había sonado brusca pero estaba demasiado nerviosa.

–¿Sabe lo que me ha enseñado la guerra, señora Amey? –Ella le hizo un gesto negativo con la cabeza–. A no desaprovechar las oportunidades que se nos presentan.

–¿Qué trata de decirme? –Quiso saber la mujer.

–Que bajo este cielo azul he encontrado un motivo más que suficiente para querer continuar... –ella iba a interrumpirlo, pero él no se lo permitió–. La visitaré en Nueva York –afirmó en un tono que no admitía discusión.

Hablaba a Clare como si se dirigiera a los hombres que tenía bajo su mando en una misión de vida o muerte.

–¿Piensa visitarme? –Inquirió ella.

–Necesitará un amigo cuando se encuentre en Nueva York.

–¿Vive en Nueva York? –Quiso saber ella.

El general hizo un gesto negativo casi imperceptible.

–Es posible que pida un traslado –anunció de pronto con una sonrisa.

–¿Pedir un traslado? –Repitió ella.

–Quizás lo haga, pero mientras tanto, resultará interesante esta estancia en París –

dijo como de pasada–. Mi estancia se vuelve sumamente interesante y productiva.

Clare no entendía en absoluto las palabras del general.

–¿Tomaría una copa de vino conmigo? –La invitó él.

–Por supuesto –contestó la mujer–. Es la boda de mi hija, y no puedo negarle una copa al hombre que ha actuado como padrino.

John Altman Blackstone siguió a la mujer al interior de la casa con una firme intención en cada paso. Solamente Robert supo lo que esa mirada brillante significaba, y sonrió de forma genuina.

–¿Por qué sonrías?

Quiso saber Arianne que se dejaba mecer por Robert en el balancín. Los dos sostenían sendas copas de vino que no habían probado.

–Acabo de ver a un general en el inicio de una batalla de la que piensa declararse conquistador absoluto.

–¿Te refieres al general John Altman Blackstone?

Pero Robert no le respondió. La besó en la boca con una pasión que le provocó flojedad en las rodillas. Menos mal que estaba sentada y bien sujeta por su esposo.

Varios vecinos de la granja comenzaron a tocar con sus violines una música alegre y que invitaba a la danza, de hecho, varios soldados se habían decidido a hacerlo acompañados de muchachas sonrojadas.

–¿Bailamos? –Le preguntó Robert.

–Sí.

Y la fiesta continuó bajo el brillante cielo azul de París.

Document Outline

- [ESENCIA DEL AMOR](#)
- [CIUDA DE PARÍS, AGOSTO DE 1944](#)
- [CIUDA DE BERLÍN, MAYO DE 1945](#)
- [PARÍS, JUNIO DE 1945](#)